

Capítulo CIX.

Horrores de la guerra.

La estrella de Hernan Cortés comenzaba á brillar de nuevo con su antiguo esplendor.

Cincuenta mil tezcucanos, al mando de Iztlixu-chilh, joven esforzado y de veinticuatro años de edad, acudían á ofrecerse á sus órdenes para tomar parte en el sitio de Méjico, y refuerzo tan importante en aquellas circunstancias era de inestimable valor.

El ilustre caudillo agradeció en extremo tan indudable prueba de amistad, y distribuyó veinte mil de aquellos soldados en las guarniciones que tenia en varias ciudades, incorporando los treinta mil restantes al grueso de su ejército.

Cuando esta noticia llegó á oídos de los mejicanos, les afectó profundamente.

Entre aquellos valientes habia muchos que eran parientes y hermanos de los que en la ciudad se hallaban al lado de Guatimozin, y les dolía tener que esgrimir sus armas contra seres queridos de su corazón.

Dos dias despues llegaron otras tribus de la Serranía á ofrecerse á Cortés, rogando que les perdonase su tardanza.

Traían abundantes víveres, tanto más preciosos, cuanto que empezaban á escasear los que habia podido reunir Cortés.

Este se alegró sobre manera de aquellas pruebas de amistad, porque contando con su auxiliada podían temer sus compañeros que habia mandado á Cuahuacan.

Trató muy bien á los embajadores, repartió entre ellos algunos regalos, consistentes en espejos, cuentas de vidrio y otras fruslerías de las que tanto gustaban los indios, y les despidió diciendo que dentro de tres dias pensaba dar la batalla decisiva, y que para entonces esperaba que vendrían á cumplir lo ofrecido.

Se retiraron jurando solemnemente asistir el dia señalado, como lo verificaron en efecto.

Cortés envió tres bergantines á Sandoval y otros tantos á Pedro de Alvarado, para evitar que los mejicanos se abastecieran de víveres por aquella parte.

La esperiencia le habia demostrado la utilidad de las naves colocadas en las inmediaciones de los puentes.

Los capitanes de los bergantines recorrían día y noche la costa, y apresaban muchas canoas cargadas de víveres y de gente.

Su esquisita vigilancia no permitía entrar ni salir á ninguna barca enemiga.

La víspera del combate mandó Cortés que se dijera misa, á la que asistieron todos los capitanes, muchos soldados y algunos indios.

Terminada esta solemne ceremonia, que se verificó en medio del mayor recogimiento por parte de los que á ella concurren, indicó á cada cual lo que debía hacer.

Inmediatamente, acompañado de veinte caballos, trescientos españoles, gran número de indios, y llevando dos piezas de artillería, fué en busca de los enemigos.

Estos, que durante tres días no habían tenido que combatir, se habían aprovechado de la tregua para limpiar los canales que habían cegado los españoles.

Habían construido también fuertes baluartes, y allí esperaban á los extranjeros.

La batalla comenzó de nuevo.

Tarea enojosa y sobrado árdua sería para nosotros el hacer detallada relación de aquella desesperada lucha, en la que ambos contendientes no veían más alternativa que la de la victoria ó la muerte. Infatigable era al desvelo en entrambos campos.

Aquella incesante pugna se prolongaba, haciéndose dudoso el éxito.

Pero al ver los mejicanos que avanzaban los ber-

gantines por una y otra parte de la calzada, aflojaron en la defensa.

Los que los tripulaban saltaron en tierra.

El ejército pasó el puente.

Los enemigos corrieron á refugiarse en otro que había inmediato.

A pesar de su heroica resistencia, también tuvieron que abandonarle.

Cortés volvió de nuevo á la ruda tarea de cegar los caños con adobes, piedra y madera, y á allanar los obstáculos que impedían la marcha de los caballos.

Diez mil indios le auxiliaron en esta operación, y á pesar de tan crecido número emplearon en ella todo el día.

Los soldados españoles, en tanto, acompañados de los indios que formaban parte del ejército expedicionario, sostenían escaramuzas con los mejicanos, causándoles muchas víctimas.

Recorrieron también las calles que no tenían canales, y sirviéndose de los caballos, lograron ahuyentar á los enemigos, obligándoles á encerrarse en las casas y los templos.

Los indios aliados se entusiasmaban con las ventajas que alcanzaban sobre los de Méjico, y arrojándoles piernas y brazos de los infelices que habían perecido en el combate, les decían:

—Esta carne es de los vuestros. Esta noche la cenaremos, mañana la almorzaremos, y después vendremos por más.

—Tomadla,—añadían otros;—ya que habeis de morir de todos modos, al ménos no perezcais de hambre.

Y despues de estas exclamaciones, invocaba cada uno su ciudad natal, y ponian fuego á las casas.

Mucho sentian los mejicanos verse asediados por los españoles; pero les era aún más doloroso el que les ultrajasen los que habian sido sus tributarios.

Cortés para atemorizar más y más á los vencidos, derribó muchas torres y quemó los ídolos.

Incendió asimismo las magníficas casas en que se habia alojado en otro tiempo, y la que en la plaza servia para las aves, casa en la que, como recordarán nuestros lectores, se hallaban reunidos los mejores ejemplares de todas especies.

Los mejicanos veian con pena convertirse á cenizas aquellos suntuosos edificios, y jamás habia pasado por su imaginacion la idea de que nadie hubiera cometido semejante atentado, y mucho ménos que unos cuantos españoles habian de privarles de tantas aves, que para ellos representaban recreo y utilidad.

Entre tanto que ardia el fuego, recogió Hernan Cortés su gente, y comenzó á retirarse.

Los enemigos cargaron otra vez sobre ellos, y mataron algunos de los que, cargados con el botin que habian hallado al saquear las casas, se habian quedado rezagados.

A no ser por los caballos que llevaban los españoles, hubieran tenido que lamentar grandes pérdidas.

Pero arremetiéndolo contra sus perseguidores, lograron dispersarlos, en tanto que el ejército ocupaba los fuertes que habia construido.

Mucha fué la matanza de este dia; pero fué más horrorosa aún la quema de casas que se hizo.

Dos dias descansaron allí los españoles.

Cortés daba gracias á Dios por los triunfos obtenidos, y al retirarse á conciliar el sueño, no podia imaginar la tempestad que se cernia sobre su cabeza.

Capítulo CX.

Un aviso providencial.

Nunca se ejerce impunemente la superioridad del genio.

Jamás los hombres que dominan á sus iguales, por la sola grandeza de su pensamiento, logran inspirar aquella ciega veneración, que sin dificultad tributamos á la excelcitud del nacimiento.

Esta anomalía se explica fácilmente.

El uno es un derecho concedido por nosotros.

El otro lo dispensa solamente el cielo.

En aquel reconocemos nuestra fuerza.

En este vemos probada nuestra debilidad.

Obedecemos sin repugnancia al dueño que nos elegimos; pero jamás con gusto á aquel que nos manda por decreto más alto de la naturaleza.

Al levantarse los grandes hombres de todos los siglos, de todos los países, han sido siempre anunciados por el instinto repulsivo de las medianías; presentan estas, aun antes de probarla, aquella fuerza extraña que debe dominarlas á su pesar; y afánanse por sacudirla, así como el caballo todavía indómito, bota, relincha y huye al aproximársele el hombre, porque la naturaleza, pródiga y maternal con todas sus criaturas, le dió, para advertirle del peligro, un ojo de aumento que le presenta con colosales formas el sér inteligente cuya débil mano debe enfrenarle á su capricho.

Para el bien como para el mal, encuentran resistencia tenaz los que nacen con gran capacidad de practicar el uno ó el otro.

Sus actos todos son otros tantos triunfos, porque su vida entera es un perpétuo combate, combate disculpable y aun legítimo, mientras no sea alevoso, mientras sólo presente por espectáculo la resistencia de muchos al dominio forzoso de uno: la vanidad común, oponiendo un dique al orgullo invasor de la inteligencia privilegiada.

No siempre, sin embargo, se sostiene de aquel modo la lucha.

No emplea en su defensa la multitud únicamente las armas permitidas, y ni aun bastan alguna vez las del ódio, de la calumnia, de las asechanzas péfidas.

A veces, realizando á su pesar la fuerza que combate, reconoce su propia insuficiencia comprando con el crimen la victoria.

Hernan Cortés, una de las más grandes figuras que puede presentar la historia; Hernan Cortés, que no ha sido elevado á toda su altura ni aun por aquellos desacertados panegiristas que han alterado la brillantez de los rasgos del *hombre*, queriendo dulcificarlo; Hernan Cortés, tipo notable de su nación en aquel siglo, en que era grande, guerrera, heroica, fanática y temeraria; Hernan Cortés, que hubiera sido un Napoleon si hubiese arrullado su sueño de niño el trueno de la revolución francesa, y que hoy, más glorioso que Napoleon, se nos presenta con la aureola de la conquista de un imperio en la nomenclatura de los ilustres vasallos; Hernan Cortés, en fin, debía tener, y tuvo la suerte comun á todos los hombres célebres.

Persiguióle anticipadamente la envidia.

Afanóse por denigrarlo hasta despues de muerto la calumnia, y acechóle la traicion de los que más debían venerarle.

Mientras infatigable el caudillo conseguía tan brillantes triunfos, mientras dejaba impreso con su propia sangre el testimonio de su arrojo, de su valor en aquellos lejanos países, la cautelosa perfidia minaba sordamente su existencia.

Villafraña, uno de sus oficiales, era el jefe del alevo complot que se tramaba para atentar á su vida.

Muchos de los soldados, alucinados por pomposas promesas, se prestaban gustosos á secundarle en sus infames planes.

El héroe, que milagrosamente había escapado de

las flechas enemigas, estaba, sin sospecharlo, rodeado de traidores.

Con pálido semblante, con trémula mano, que aun empuñaba indignamente un acero de Castilla, salió á su encuentro Villafraña.

Los ojos del águila habituados á los rayos del sol, no se detienen generalmente á examinar los pliegues imperceptibles del reptil que arrastra por el fango su venenoso diente.

Así la mirada penetrante de Cortés, fija constantemente en su porvenir de gloria, no se paró ni un instante en aquella frente marcada ya por las huellas del crimen.

Tembló, sin embargo, el traidor, y en su acento se revelaba la emoción que sentía, cuando le dijo:

—Bendito sea Dios nuestro Señor, que os ha sacado bien de tan recios combates, y ya que el cielo ha preservado la preciosa vida de nuestro querido jefe, dignaos asistir al banquete que para celebrar tanta dicha hemos preparado.

—Me place vuestro convite, señor Villafraña,—respondió jovialmente el caudillo.—Despues de la lucha sin tregua que venimos sosteniendo, agradecerá mi estómago que le resarza del abandono en que ha yacido.

Pero como debeis suponer, mis capitanes se encuentran en el mismo caso, y no dudo que tambien estarán invitados al festin.

La asistencia de tanta gente á aquel siniestro banquete, no convenia de modo alguno á Villafraña.

Se excusó, protextando que no tenia viveres para tanta gente, y Hernan Cortés creyó de buena fé aquella disculpa.

Uno de los tlascaltecas que más cariño tenían al caudillo, que habia asistido á aquella escena, y que sin saber por qué creia ver en aquel convite un riesgo para su persona, le dijo por medio del intérprete:

—Yo os ruego, señor, que si asistís á ese festin, no tomeis nada que no pruebe antes el capitán Villafraña.

Cortés se burló de aquel temor, aunque dió gracias al cariñoso indio.

Un momento despues atravesaba las calles de la ciudad asido familiarmente del brazo de Villafraña, en cuyo alojamiento le aguardaban ya los infames conjurados.

Ya tenian designado el que habia de suceder á Cortés en el mando, y consumado el crimen pensaban apoderarse de uno de los bergantines para llevar la noticia á Diego de Velazquez, con cuya proteccion contaban.

Tomadas, pues, todas las precauciones necesarias para el buen éxito de la empresa, esperaban los cómplices de Villafraña, en tanto que este, simulando sincero afecto, conducia á la víctima.

Pero la Providencia, que velaba por Cortés, no quiso permitir que llevase á cabo aquel horrendo crimen.

Un soldado de mala traza, y que segun los traspiés que daba y los ángulos que describia en su marcha parecia hallarse embriagado, iba siguiendo á Cor-

tés y su acompañante sin que ni uno ni otro se aperciesen de ello.

Al entrar en la plaza, y cerca ya de la casa adonde se dirigian, encaminóse en línea recta á las que le precedian, y al alcanzarles volvió á dar muestras de su vergonzoso estado.

Deseaba á toda costa que el caudillo reparase en él, y estaba seguro de conseguirlo, porque la embriaguez era uno de los delitos que más odiaba.

Soltóse bruscamente Cortés del brazo de Villafraña, y con ceñudo semblante trató de acercarse al soldado.

Este, en vez de aguardarles, se alejaba aumentando la distancia que le separaba del indigno capitán.

—¿Cómo te atreves á presentarte en ese vergonzoso estado?—le preguntó Cortés.

—Mi general,—exclamó rápidamente el soldado,—no vayais al alojamiento de Villafraña, porque peligrá vuestra vida.

Sorprendió aquella revelacion al ilustre caudillo; pero reponiéndose instantáneamente, corrió á reunirse con su traidor amigo, y le dijo con la mayor serenidad:

—Seré con vos al instante, Villafraña; voy á hacer que inmediatamente impongan á ese bribón la pena que merece su conducta.

—No os molesteis; encargaré á uno de mis subordinados que le conduzca donde gustéis.

—De ningun modo; quiero yo mismo ir para que su vergüenza sea mayor.

—En ese caso permitidme que os acompañe.

—Es un capricho ir sólo. Aguardadme en vuestra casa, que pronto vuelvo.

Villafraña obedeció.

Un momento despues vió que Hernan Cortés se dirigia al fingido beodo, y á fuerza de empujones desaparecia por las calles inmediatas.

Cuando estuvieron seguros de que nadie les espiaba:

—¿Qué querias decirme?—preguntó Cortés.

—Estais vendido; Villafraña es un traidor, y si os presentais en su alojamiento sereis asesinado vilmente.

Despues de dar gracias al soldado por su lealtad, se dirigió el héroe de nuestra historia en busca de sus capitanes.

No podia dudar de algunos de ellos, y llamándoles les notició lo que pasaba, preguntándoles si podia contar con su apoyo para hacer en los culpables un terrible escarmiento.

Todos se ofrecieron á ayudarle, y mientras hacian enérgicas protestas contra aquel infame atentado, Hernan Cortés les dirigia escrutadoras miradas para ver si notaba en ellos complicidad.

Un momento despues entraba el caudillo en la habitacion en que aguardaba el festin.

—Sentaos,—dijo Villafraña alargando cariñosamente la mano á su jefe.

Hernan Cortés correspondió á aquella invitacion, y al estrechar la mano de su falso amigo lo hi-

tal fuerza, que le obligó á lanzar un gemido.

—Teneis una mano de hierro,—exclamó.

—Y una mirada de hielo, puesto que os hacetemplar. Pero lo que no sabeis todavía, y os lo quiero probar, es que tambien poseo un corazon invulnerable al puñal de los asesinos, porque lo escuda esta penetracion que llega hasta el fondo del vuestro, y lee en él vuestra traicion, como en vuestra frente el miedo.

En seguida dió una voz, y penetrando en la estancia sus capitanes y muchos soldados armados, cercaron á los cómplices de Villafraña.

Cortés arrancó del pecho de este la lista de los conspiradores.

La leyó, y á medida que avanzaba en su lectura exhalaba exclamaciones de admiracion y dolor.

Aunque nunca se supieron los nombres de todos los que formaban parte de aquella infame traicion, es de su poner que estaban comprometidos los que más pruebas de amistad le habian dado.

Villafraña y todos los que asistieron al banquete murieron ignominiosamente, y al preguntar Sandoval á Cortés, en presencia de los capitanes, quiénes eran los demás culpables.

—La lista, señores,—exclamó el caudillo,—se borró en el pecho de Villafraña. Los que pensaban ayudarle en tan vil conspiracion estoy seguro que lavarán la mancha de su honra, vertiendo á arroyos la sangre de los mejicanos.